



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El retorno a los repliegues de Europa

Autor: Kabate, Eugeniusz

Forma sugerida de citar: Kabate, E. (1998). El retorno a los repliegues de Europa. *Cuadernos Americanos*, 1(67), 119-122.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL RETORNO A LOS REPLIEGUES DE EUROPA

Por *Eugeniusz KABATE*
SOCIEDAD EUROPEA
DE CULTURA, POLONIA

VIVIMOS LA ÉPOCA de las paradojas y sólo el tiempo puede cambiarlas. Sí, nuestro viejo siglo acabará pronto y otro comenzará, ¿será sin embargo menos paradójico que el que hemos vivido? Difícil de adivinar. La situación es tal que incluso el ritmo eterno de la Biblia ya no se mantiene; después de los años turbulentos, nuevas tormentas llegan; después de la época de las divisiones nacen las siguientes divisiones; y después de las jornadas laboriosas, jornadas pacientes, las cosechas son miserables y podridas. Cuanto más libres, más torpes nos hacemos; cuanto más la justicia nos es accesible, más incapaces somos de pintarla; cuanto más aspiramos a la fraternidad y a la caridad de los hombres, más el odio y el mal nos arrinconan. Somos entonces descaradamente dobles: aceptamos sin ofrecer, respetamos la libertad pero sólo la nuestra, no amamos más que a quienes no son dignos de amor. El progreso social y político, si existe, hace caer en el olvido las reglas solemnes.

En la cultura, donde la conciencia crítica nos es más fiel, todas las contradicciones aparecen multiplicadas por la ética, la religión, el arte, la comunicación social y sobre todo por los medios masivos de comunicación. Toman aspectos internacionales, o más precisamente, sobrenacionales, y es el nivel al que se trata de reaccionar. Después de la última guerra mundial varios organismos fueron creados para llevar a cabo una actividad común, europea, en los medios artísticos y científicos, sin tener en cuenta las diferencias entre los regímenes políticos y las divisiones entre nosotros. La Sociedad Europea de Cultura, con su sede en Venecia, se convirtió en uno de esos organismos. Su fin concebido como idea era ante todo la de alejar el fantasma de la guerra en función de la resolución de los conflictos internacionales, conflictos entre Estados o entre otros

centros de poder político. La cultura habría debido trazar otro camino, la política cultural servirle de instrumento. Cuando me uní a la Sociedad lo hice cuando el presidente era el profesor Umberto Campagnolo y el centro polaco lo dirigía Jarosław Iwaszkiewicz; no era consciente de las torpezas que las contradicciones políticas iban a causar. El esfuerzo de vencer estos obstáculos, estas divisiones impuestas a Europa, no siempre tuvo éxito. Los conflictos se hacían cada vez más profundos, motivados por la ideología e implantados en los pensamientos. Tomada mi posición, la he probado muy personalmente, atento a cada detalle, a cada palabra donde encontré algo de más. Las palabras eran siempre muy bellas, bien cuidadas: hablaban en frases elegantes de la tolerancia, del diálogo, de la comprensión y la integración entre el Este y el Oeste, integración europea... En Venecia, donde varias culturas, las del Oriente y las del Occidente, se cruzaron, las bellas palabras parecían justas y, lo que me era cercano, parecían crear un nuevo plan de la civilización ampliada, expandida lejos hacia el este, hacia Bizancio, hacia los confines de Polonia. He aquí, creía, un plan importante para trabajar en él, el plan limítrofe.

¿Qué pasó después? Cortinas diferentes cayeron, se derrumbaron muros y esta brusca apertura ha dejado entrar ideas que sin embargo no se presentaron frescas. Las hemos tragado con entusiasmo, el mismo que nos acompañaba siempre, un arribo de lo que venía del Occidente, ya que estábamos persuadidos que no hubo nunca más que un nombre para la libertad, y que su perfume era el del Mediterráneo, el mismo perfume, incluso cuando se bebe el triste vodka en lugar del buen vino. Cito los alcoholes como testimonio: los alcoholes también pintan nuestras elecciones, nuestros caminos que pasan por los templos de la civilización; pintan a ciertas culturas, ciertas tradiciones, ciertos valores. Alguien ignora estos caminos, alguien trata de abarcar todo el terreno. El gran espacio de Europa comprende, aunque las fronteras ya no cuenten, el territorio de Polonia con su propia tradición de tolerancia religiosa donde mezquitas, sinagogas, iglesias ortodoxas, protestantes y católicas se tocaban, y, aunque no queden más que resplandores por encima de ese mundo quemado, pesan más que como un sueño sobre la civilización cristiana.

He aquí que vuelvo del bosque, grande y virgen, célebre bosque de Białowieża donde uno apenas se encuentra, pero también se pierde. Desde hace años busco mi itinerario, errante en los alrededores, en la cercanía de los campos, de las aldeas donde acudo.

Busco una etnia común, etnia de confines, la busco entre los árboles, los pasos, engranajes, prados, queriendo escapar a la traición, al perjurio. Y de nuevo descubro desvíos, encrucijadas engañosas, bifurcaciones desconocidas. Tropiezo sobre pedazos oxidados de armas, sobre tumbas cubiertas de mielenrama, chimeneas de aldeas quemadas. La historia me hace ademán con su dedo podrido, no le obedezco, ya no tengo miedo de esos fantasmas y aunque conservo la imagen de las cenizas a las cuales ha quedado reducido el hogar de mis antepasados, levanto mis cejas quemadas para no perder de vista aquellos que han quedado vivos. Son ellos, sin duda, los más importantes. Esto me enseña mucho, siempre, una visita a los lugares de la frontera bielorrusa, donde la idea de una vía común se concreta ante nuestros ojos, por encima de las diferencias nacionales, materialmente.

Los campos limítrofes saben cómo ser bellos y fecundos. Busco ahí más que un símbolo, busco la solución, una clave, la práctica para mi confianza en el futuro. El futuro de la civilización europea entera que curará lo que es político. Esfuerzos semejantes se manifiestan en Venecia, pero también al este de Venecia, en las regiones fronterizas entre el mundo latino y el eslavo, en Trieste, en Gorizia, en Duino, donde se dan regularmente encuentros de estilo centroeuropeo. Fiel a la idea de la paz que no descuida las diferencias entre las culturas vecinas, el escritor italiano y amigo mío Fulvio Tomizza, proveniente de Istria, asumió el papel de apóstol de la reconciliación de los dos lados de esta frontera a veces demasiado agitada. En Polonia, tenemos nuestros confines históricos en los que en una época se inspiró mucho la literatura; siempre hemos tenido, además, la ciudad de Cracovia, una sorprendente ciudad de culturas cruzadas, inolvidable incluso en el discurso de los nuevos conflictos europeos. Me parece sin embargo que la conciencia victoriosa, cinco años después de la caída de los regímenes políticos de Europa oriental y central, se apaga frente a las ambiciones nacionales y las vueltas penosas de la suerte de la civilización. Es más bien un temblor el que la domina, temblor mezclado con perplejidad. Todos somos culpables del crimen de guerra en los Balcanes y no vamos a escapar lejos de esta responsabilidad. Los confines culturales no siguen hoy fronteras políticas y regionales: se desplazan caprichosamente por toda Europa y, sin exagerar demasiado, podemos llamar a todo el continente europeo un campo limítrofe. Divisiones, incluyendo falsas divisiones, todavía hacen parte de nuestra civilización, implantadas profundamente en nuestros espíritus europeos,

en nuestra mentalidad, en nuestra, aún más contemporánea, manera de pensar. Jamás se ha resuelto el problema del otro. Un otro es diferente, sí. Pero lo que es diferente ¿no es bello? La cultura a la cual el compromiso y la tolerancia son inmanentes encuentra ahí una respuesta positiva. Sin embargo, su significación disminuye he aquí el peligro.

Nuestra Sociedad pretende que no carece de fuerzas y que su voz será escuchada. Que se exprese con fuerza contra los conflictos, las guerras que desconstruyen la Europa que trata de integrarse. Escuchemos si esta voz, elevada al grito mismo, no se transforma en el chillido de un ratón. Tanto peor, no es justo decir entonces que la cultura se hace cada vez más perpleja, pues la hemos visto bien, aunque sea con vergüenza, reforzar sus grandes personalidades en sus ambiciones guerreras, despertar el nacionalismo. Nos hace falta, antes que nada, mantener la sangre fría para no dejarnos llevar por la corriente; nos hace falta, luego, saber afrontarnos habiendo tomado conscientemente la responsabilidad de nuestros pecados nacionales. Probablemente nunca habrá cultura desnacionalizada, pues toda su fuerza reposará sobre la tradición nacional, sobre el carácter típico de una lengua, de un pensamiento, de una creatividad, sobre la educación otorgada a la tradición de cada pueblo. Creo sin embargo que, habiendo curado las heridas y las penas, es mejor unirse al cortejo de los pensamientos y las artes múltiples, este cortejo que un instinto y una razón a la vez conducen más allá de nuestros desvíos. Estamos allá, vueltos de la expedición en busca del Velloccino de Oro; poco importa que haya sido en vano. Más vale navegar hacia occidente esperando descubrir las Indias que tardar con la expedición al oriente. El descubrimiento de América fue el de Colón, no el de Vasco de Gama.

Traducción del francés de Hernán G. H. Taboada